

Vicente Salas Viú

## Espejo de España <sup>(1)</sup>

(Conclusión)

### II

MADRID

#### *La Red de San Luis.*

Nada más llegar a Madrid fuimos a visitar una de sus calles más llenas de vida: la Red de San Luis. ¡Qué muchedumbre tan variada!, ¡qué gran ruido! Mujeres vestidas de negro con sus mantillas, hombres con largas capas, aguadores, vendedores de fruta, carruajes magníficos, diligencias polvorientas, ligeras calesas, carros tirados por mulas, multitud de burros con sus serones bien cargados y campanillas al cuello, rebaños de cabras que sus pastores ordeñan en cada puerta para vender la leche, ciegos que cantan tonadillas, alguno que otro pregonero que grita su bando, grupos de mozos de cuerda,—gallegos, en su mayoría,—lo llenan todo.

Es frecuente el paso de procesiones en largo rosario precedidas por un piquete de guardias con su tambor al frente. Las cofradías también escoltan a los entierros cantando salmos mientras redoblan las campanas de las iglesias vecinas.

---

(1) Ver número 170 de la revista.

### *La Puerta del Sol.*

El centro de Madrid, que sirve de punto de reunión a todos sus moradores, y de lugar de cita y asamblea a los hombres de negocios de la Villa, es la plaza de que os voy a hablar, la Puerta del Sol. A ella desembocan las calles más concurridas, la Red de San Luis, la calle Mayor, la del Arenal y la de San Jerónimo.

Las plazas públicas sirven en toda España de paseo y lugar de reunión. Las hay como esta en todas las ciudades e incluso en los pueblos más pequeños donde generalmente se alza la iglesia. Es allí donde el español descansa de sus trabajos y donde se calienta al sol en el invierno. Imaginad pues el aspecto que ofrece la Puerta del Sol de Madrid adonde acude toda la ciudad, lo que la hace intransitable a ciertas horas.

Acabadas de dar las once un tropel de oficiales de la guardia con sus bandoleras resplandecientes, grupos de curas en traje talar, encantadoras damas con mantilla bordada, del brazo de sus galanes, y una hilera abigarrada de capas fluye de todas las esquinas para leer los cartelones donde están estampadas las noticias del día. «Hoy habrá sermón y música en los Franciscanos, ópera, o tral otro espectáculo, en determinado coliseo». «Mañana se celebrará una corrida de toros, o empezará la Novena de San Felipe». «Ayer se ha perdido una niña en el Prado». «Hace tres días robaron tal joya. Si el ladrón lo ha hecho por necesidad puede devolverla por medio de su confesor y se le dará una recompensa honesta». «Pasado mañana se subastará un gran Crucifijo, una imagen de la Virgen y un Nacimiento». «Esta noche la procesión del Rosario tendrá lugar a las ocho», etc.

La plaza se llena por momentos de tanta gente que cuesta gran trabajo abrirse paso por ella. Los vendedores de periódicos os lastiman los oídos con sus voces; hay quien les alquila las gacetas por un cuarto. Pasan guardias valones y suizos a los que ofrecen de todas partes pequeñas mercancías y coches de alquiler que buscan clientela. También se hacen entender entre tanto ruido los ropavejeros y astutos vendedores de imágenes, cigarros

y toda clase de artículos más o menos innecesarios que atormentan a los que pasan con sus reiterados ofrecimientos. En un rincón está un ingenioso memorialista con un corro de gente a su alrededor; más allá se rifa un reloj de pared, junto a un feriante que hace bailar a un mono. Más lejos, se realiza la adjudicación de una propiedad y algunas bellas de rostro picaresco se mezclan con la multitud, de la que también forman parte capuchinos de largas barbas, a las que pasean con harta gravedad. Tan pronto os rodea un grupo de cantadores de tonadas, como os importuna un mendigo. Ya todo se une el ruido de las carrozas y calesas y el de la fuente vecina donde se aprietan las voces chillonas de los aguadores.

### *El Paseo del Prado.*

La primera vista que ofrece el Prado desde la calle de Alcalá es soberbia; la anchura del paseo, los palacios, los conventos, con sus amplias terrazas, y los otros edificios todos ellos de una hermosa arquitectura, la perspectiva que da hacia aquella puerta magnífica a que conduce una amplia avenida con cuatro filas de frondosos árboles y soberbias fuentes de mármol, todo este conjunto produce un efecto deslumbrador. Puede decirse lo mismo de la vista del lado de la Carrera de San Jerónimo, que presenta a su entrada un palacio espléndido, dos soberbios conventos y al fondo el Palacio Real del Buen Retiro. Por el contrario, del que está el Jardín Botánico, el paseo es más estrecho y no tiene nada de particular. Hacia la calle de Atocha, mucho más concurrida y animada, la vista se pierde por una larga alameda que llega hasta el Monasterio de Santo Tomás.

El embellecimiento del Prado es obra, como se sabe, del Conde de Aranda. El terreno ofrecía grandes dificultades para la plantación que han sido superadas mediante un sistema de riego artificial muy costoso. A este efecto se han practicado de árbol a árbol canales de un pie de ancho y otro tanto de profundidad, alimentados por numerosas fuentes. En torno a cada árbol han

abierto un hoyo circular cuyo fin es retener el agua hasta que se llene lo bastante para correr por el canal siguiente. De esta manera los árboles, que son en su mayor parte álamos y castaños, conservan toda su frescura (1).

A las cuatro termina la siesta, se riegan las avenidas del Prado, los vendedores de naranjas y de dulces llegan por todas partes, los alquiladores de sillas descargan sus vehículos y numerosos paseantes se dispersan por las avenidas. Los coches invaden la espaciosa calzada. Pronto se multiplican. Los dragones encargados de velar por el orden están en sus puestos. Se forman las filas de los que pasean, que se ensanchan a cada instante más y más, y terminan por desfilar por centenares, mientras por el centro pasan los caballeros.

Nada más interesante que este espectáculo. Aquí se encuentran coches de todas clases y de todas las formas, desde el gusto más moderno al más antiguo, desde las carrozas de parada a los fiacres más miserables, lo que forma un contraste bastante singular. No es extraño encontrar un coche lujoso tirado por dos mulos decrepitos, en la cabeza un ronzal, ni los corceles más elegantes, con sus arneses a la inglesa, arrastrando una pesada carroza llena de empolvados lacayos y con un cochero sucio, de abrigo gris rata.

Los colores más ridículos en las libreas, las pinturas y las formas más extrañas y la profusión espantosa de dorados y ornamentos; en una palabra, una mezcla bárbara de todo lo que hay de más discordante en el mundo, esto es el Prado. Me atrevo casi a afirmar que después de haber pasado revista a más de doscientos coches, no se encuentran diez que sean pasables, como los

---

(1) No deja de ser curioso que Fischer, cite, y con tanta minuciosidad, como un «adelanto» de aquel tiempo y una de las provechosas reformas del Conde Aranda el sistema de riegos para el arbolado común hoy en todos los parques y jardines del mundo. Sin duda, es el una de tantas cosas de todos los días que han sido en su época un verdadero descubrimiento, por imposible que nos parezca.

que se ven en cualquier capital de Alemania o Francia y que no llegan a veinte los tiros de caballos entre ellos; se emplean con preferencia los mulos porque resisten más a la fatiga. Otra cosa curiosa es que en cada carroza, entre las ruedas de atrás, va suspendida una banqueta que se coloca debajo del estribo en el momento en que el dueño ha de apearse.

El aspecto de los que se pasean en los coches, no es menos interesante que ellos. Se puede apreciar bien porque todos llevan las puertas bien abiertas. La mantilla y la basquiña, el verdadero traje español, ha desaparecido entre las damas, que rivalizan en modas y atavíos con las extranjeras; se han transformado en griegas según el uso de ahora y las desnudeces que el clima permite están autorizadas por sus modelos.

¡Qué viveza, qué arte, qué lucha por atraer las miradas, saludarse, observarse, hacerse señas! Muchachas jóvenes acompañadas de sus dueñas, bellas con sus galanes y cortejos, viejos duques con sus confesores, amas con los niños que crían, priores de rostro mofletudo, oficiales descarados, viejas momias de duquesas y jóvenes retozones, pasan y repasan sin tregua. Pero, ¿cómo describir un cuadro tan movedizo, que cambia a cada instante?

Los lacayos corren para ejecutar las órdenes, los paseantes se acercan a los coches para decir galanterías a sus damas. Cuando un coche abandona la fila, otro lo reemplaza al instante. De súbito, un mulo se encabrita y descompone toda la hilera; los dragones caracolean hacia todos lados, las gentes a caballo cruzan el seto que las separa de los que se pasean, desgraciados mendigos y vendedores de fruta corren tras los coches, y el resuello los falta; nada permanece un solo instante en el puesto que ocupaba antes.

Las sillas colocadas desde el Jardín Botánico hasta la otra punta del Prado están todas ocupadas por la muchedumbre abigarrada de los espectadores, así como las de la avenida principal, que hormiguea de gente. Las laterales del Buen Retiro y el ces-

ped del extremo superior están igualmente llenos de personas. Los vendedores de agua gritan su mercancía por allí en medio. Las gentes de a pie vuelven alegremente del paseo y todo el Prado retumba con un rumor sordo. Si las mantillas de las mujeres y las capas de los hombres permitiesen ver el interior de cada uno y sus verdaderos sentimientos, el placer sería completo.

Cuando el crepúsculo se hace el dueño del paseo y las campanas tocan el ángelus, todos los paseantes se quedan como estatuas, y los coches se detienen. Al terminar, los peatones reanudan su marcha, los coches vuelven a obstruir las calles. Ha sonado la hora de las tertulias y el Prado queda silencioso; pero en esta voluptuosa obscuridad el juego magnífico de las sombras de luna entre los árboles, el olor embalsamado del Botánico, el sonido de las guitarras retienen todavía al extranjero, hasta que la espesura de las tinieblas y el reposo de todo le obligan a alejarse.

### *La Biblioteca Real.*

La Biblioteca Real se halla al occidente de la ciudad, en el barrio de Los Caños del Peral. Está situada en una plaza bastante grande, frente por frente de la Opera (1); pero su exterior es tan poco notable como el interior. El edificio en un principio no era más que una galería por la que se pasaba para ir desde el

---

(1) El teatro de Los Caños del Peral, reconstruído más tarde bajo Fernando VII, y conocido desde entonces por Teatro Real, es el más antiguo teatro de ópera en España y uno de los más antiguos de Europa. En los últimos años de la monarquía, y con gran intensidad durante la República, se emprendieron en él grandes obras para su reforma que lo harían uno de los teatros más adelantados de ópera europeos.

En cuanto a la Biblioteca, cuyo aspecto miserable destaca, se refiere a la famosísima de Palacio, que tan preciados manuscritos y libros raros encierra y que fué materialmente descubierta por los eruditos del siglo siguiente. Entre ellos, y no el menos importante, figura el musicólogo Barbieri que hizo editar el «Cancionero de Palacio», enterrado en aquellas viejas estanterías desde hacía siglos.

palacio del rey a la iglesia vecina. Así resulta que la Biblioteca no consta más que de dos salas largas y estrechas, bajas de techo, con otros tantos gabinetes a los lados de muy escasa iluminación. El suelo se cubre en invierno con esteras y se calienta por medio de doce enormes braseros. Los armarios están adosados a las paredes, y, en el medio de la sala, hay varias mesas capaces cada una para cuatro personas. Cuando se pide un libro los conservadores se limitan a dar el número de su registro y el solicitante se ha de encargarse de buscarlo. La Biblioteca está abierta todos los días durante cinco horas y su término se anuncia por medio de un espléndido reloj, a más de unas campanillas. Fijado al muro, hay un curioso cartel que prohíbe la entrada desaliñado o con la ropa rota y en el que también se ordena tocarse con capa corta y no con la grande. Se da como razón de este extraño distingo, la negligencia de algunos jóvenes que debajo de dicha prenda no ocultan muchas veces sino la camisa y unos pantalones no muy limpios. Un suizo de puesto en la puerta está encargado de velar por la ejecución de dicha orden.

Se elevan a doscientos mil los libros de esta biblioteca, pero si se compara este local con el de las bibliotecas tan grandes como ella del extranjero, como la de Dresde, Viena, etc., la certeza de la evaluación resulta un poco dudosa. Es posible que se incluya en este número el de los libros de la sala de prohibidos. Aun en este caso, nos parece exagerado.

La Biblioteca adquiere todos los libros españoles así como los mejores de fuera, lo que explica su aumento de año en año. En cuanto a los bibliotecarios no se sabría en verdad si compararlos a los Dassdorf o a los Reuss; son una especie de literatos que parecen nacidos para este empleo. En todo caso no llega uno a tener motivo de queja contra ellos, porque debe tenerse en cuenta que habiendo muchos libros prohibidos en muchas ocasiones se ven obligados a negar las demandas que se les hacen. ¿Quién podría imaginar que obras como el «Viaje de Twiss en España»,

el «Cuadro de España» de Bourgoing y un montón de escritos de este estilo se encuentran entre ellos? Ni que decir tiene que ningún hombre discreto se atrevería a pedir un Voltaire. Sólo en las obras de historia o geográficas no se fija mucho la atención. También ocurre el caso de que muchas obras poco delicadas hayan escapado a la ignorancia del censor. Yo mismo he podido procurarme escritos de Bolingbroke y de Shaftesbury sin inconveniente alguno.

#### *Abundancia del piojo.*

Existe aquí una suciedad repugnante que nace principalmente de la falta de ropa.

En cuanto a ciertos insectos, los españoles ignoran la más elemental delicadeza, común en otras naciones, respecto a la forma de tratárselos. En los pueblos y las pequeñas ciudades, incluso en los barrios bajos de algunas capitales grandes, los matrimonios y los vecinos tienen la costumbre de despojarse de ellos mutuamente y en público. Cuando esta ocupación tiene lugar entre gente joven no casada es una prueba infalible de su intimidad. En las ciudades importantes hay personas que se encargan especialmente de esta labor; acuden regularmente a las casas para ejercer su oficio o reciben a los clientes en sus tiendas hechas de esteras viejas que levantan en las plazas, delante de las puertas de las casas, etc. El clima, el uso de la redecilla y la abundancia de pelo contribuyen a multiplicar esta generación incómoda que a veces no respeta ni las cabezas más bonitas, ni las más altas.

#### *La política en la posada.—Aventura de una bella.*

En el camino de Badajoz, apenas llegamos a una posada cuando entró el alcalde de un pueblo cercano. Era un hombre pequeño y rechoncho que en vez del traje de magistrado llevaba una chaqueta negra, un pantalón de terciopelo rayado y una amplia redecilla. Nos saludó inclinando la cabeza y se sentó

gravemente sobre el único asiento que quedaba libre. Mientras se esperaba la cena pedimos vino, que es excelente en estos lugares. Nos tomamos la libertad de invitarle y aceptó, sin perder por eso su gravedad. Entonces nos pidió noticias de la Corte, al saber que veníamos de ella, y esto hizo que versara la conversación sobre el Príncipe de la Paz, cuya caída en desgracia ocupaba por entonces a toda España.

Al momento de entablar esta charla todos los arrieros presentes se agolparon alrededor de nuestra mesa y cada uno aportó una anécdota nueva y su parte al diálogo, lo que me probó al menos que incluso la clase baja no es hoy tan indiferente como se podría imaginar a los asuntos del Estado.

Era ya tarde cuando otro mulero llegó acompañado de una mujer joven y bastante hermosa que llevaba sobre la mantilla un inmenso sombrero redondo como los que usan los hombres. Nos enteramos que había sido confiada al conductor de aquella diligencia por el alcalde de barrio para que éste la depositara en Badajoz. Estaba sumida en profunda aflicción; tomó un poco de pan y de vino y sin apenas cambiar palabra con nosotros solicitó permiso para retirarse. Se la condujo a un cuarto pequeño que daba al corral, donde el cochero la encerró, guardándose la llave en el bolsillo.

Sería muy bien media noche cuando la alegre concurrencia decidió acostarse. Antes de ello el celador de la bella abrió la puerta del cuarto que ocupaba para asegurarse de que en él seguía, pero había desaparecido. Cundió la alarma al instante; se sacaron los mulos de la cuadra; todos los hombres se precipitaron en su busca. El desgraciado guardián se veía ya en presidio.

Pasaron tres horas. Yo temblaba sin querer de pensar tan solo en la suerte de la bella fugitiva, cuando la ruda tropa volvió triunfante, con ella. Había perdido su sombrero y su mantilla, sus ropas estaban cubiertas de lodo, su rostro y sus manos ensangrentados. Lloraba fuertemente y repetía sin consuelo, «Es él quien me ha traicionado».

Entonces apareció el pequeño alcalde rechoncho, descalzo y con su gorro de dormir, pero con su capa sobre los hombros y la vara en la mano como emblema de su autoridad. En el acto comenzó a instruir un proceso verbal. La desgraciada se había descolgado hasta el corral por un ventanuco, había saltado la tapia ayudándose con una tabla, y había tomado la carretera de Madrid. Al sentirse perseguida, se subió a un árbol del camino. Uno de los que la buscaban la descubrió entre las ramas. Algunas monedas le hicieron callar, tras de lo cual intentó esconderse entre unas zarzas, pero cayó en una zanja y los perros lanzados en su persecución la descubrieron.

Tan pronto oyó el alcalde hablar de dinero, requirió bajo las penas más severas al arriero infiel para que se presentara. Recuperó la cantidad que le habían entregado, tomó tres cuartos para sí como derechos y devolvió el resto a la prisionera que empezó entonces a contar su historia.

Había abandonado un marido viejo en Badajoz para irse a Madrid a vivir con su amante. Mas al cabo de algunos meses fué descubierta y consiguieron detenerla. «No, exclamaba, aunque fuera necesario matarme no viviría con ese verdugo».

La aflicción hacía su voz más tierna y lloraba tan amargamente que todos los que allí estaban casi la perdonaron.

### *La endemoniada.*

Llegamos a Fregenal, situado al pie de las montañas, después de hora y media de viaje. Una verdadera multitud estaba reunida en torno a una presunta endemoniada.

Era una muchacha más bien fuerte, pero fea; aproximadamente de unos dieciocho años, y estaba casi desnuda. Se le había encerrado en un cuarto en la planta baja de una casa cuyas ventanas estaban protegidas por grandes rejas contra las que se apretaba el pueblo.

Se hallaba tendida en el suelo y parecía que hablara con su amante; algunas veces se levantaba como si quisiera coger

algo y caía después a tierra lanzando alaridos. Tenía la boca llena de espuma y sus movimientos eran convulsivos.

El cura del pueblo había recurrido inútilmente a las reliquias, al agua bendita y al Crucifijo; en una palabra, había hecho sus exorcismos en toda regla sin resultado alguno.

### *Los aguadores de Sevilla.*

Al conocer Sevilla se confirma la impresión agradable que se recibe al entrar en Andalucía y se advierte hasta en los menores detalles cierto bienestar y una limpieza esmerada. Los vendedores de agua adornan sus puestos con ramas de limonero y naranjo o recorren las calles con sus cántaros de barro amarillo que transportan en una carretilla hecha exprofeso para este uso. Para llenar los vasos colocan en cada boca del cántaro un canuto, con objeto de que al entrar el aire por uno de ellos el agua salga más fácilmente por el otro, particularidad que no se observa en sus colegas de Madrid. También llevan al costado una caja de hojalata con pastillas de anís que ofrecen a sus clientes sin hacer pagar por esto más cara el agua, que cuesta un ochavo el vaso.

### *Velas hacia Cádiz.*

La carretera desciende poco a poco; los campos de trigo y las plantaciones de olivos se multiplican. Al acercarnos a Puerto de Santa María divisamos el interior de la bahía y en ella la Escuadra inglesa; la soberbia ciudad de Cádiz queda a nuestra derecha.

Después de pararnos unos instantes en Puerto, ciudad comercial, bien construída, nos dirigimos al muelle para embarcar en una de las faluchas que conducen a Cádiz. Hacen este trayecto, según el viento, en tres o cuatro horas, y, a veces, hasta en una, pero no pueden navegar más que en la misma dirección, sin variar el rumbo.

«¡A Cai!, ¡A Cai!», gritan los marineros. Esta es la señal de la partida. El precio de la travesía por una persona, comprendida

su maleta, es de cuatro reales. A mitad de camino se paga además una limosna por las almas de los marineros muertos en naufragio.

### *Un domingo en Montjuich.*

Los barceloneses van a Montjuich principalmente los domingos. El camino estrecho que bordea la subida está lleno de vendedores de verduras; parece uno encontrarse en un mercado. Toda la ladera hasta la misma cima está cubierta de gente. Mientras unos se distraen en pescar con caña al pie de las rocas; otros, se sientan en grupo alrededor de un jarro de vino y charlan. Aquí, se juega al balón; allá, a los bolos; más allá aún, varios obreros se ejercitan en la lucha. Una pareja amorosa se oculta de la multitud importuna en el hueco de una roca. En todas partes adonde se dirija la vista se percibe el bienestar y la alegría.

En lo que hace a la ropa, la misma sensación es de advertir. Los trajes de Barcelona tienen algo particular que los caracteriza. Las mujeres llevan faldas de algodón de colores, corpiños de seda, delantales finos de tela rayada, medias caladas de seda, de lana o de punto, zapatos de taflete verde o amarillo, reddecillas de diferentes colores adornadas con cintas y en las orejas lindos zarcillos de piedras falsas. Los hombres llevan pantalones y chalecos cortos de paño o de satén y gorros de lana roja o grandes sombreros de tres picos apuntados. Las clases inferiores no usan más que alpargatas, o sea calzado de cáñamo.

Hombres y mujeres son de complexión recia. Sus músculos, los rasgos de su cara, todo su aspecto denuncia una constitución vigorosa. Las mujeres, sin tener la gracia de las valencianas, tienen sin embargo la frescura de su tez; son más graves, más orgullosas; llevan fama de buenas amas de casa. Los hombres tienen una arrogancia parecida a la de los suizos y el mismo amor por la libertad.

*Generosidad de los españoles.*

Un español se sentiría ofendido si se rechazara lo que os ofrece cuando el cree que uno puede necesitarlo. Os dirá: «¿Por qué no lo toma usted? Somos españoles». En general se encuentra en los españoles un sentimiento natural de justicia y de equidad, una honestidad y una generosidad que penetra todos sus actos y que hace a esta nación tan estimable para todo observador imparcial.

Les distingue el orgullo y la gravedad. Su orgullo no es en el fondo más que cierta elevación de carácter, del que la gravedad puede ser la expresión falsa o exagerada. Se reconoce esto al primer golpe de vista.

Si bien en ciertos casos el español es un poco celoso de las prerrogativas de su rango, no se lo hace sentir a los demás; y aunque se le pueda fácilmente cautivar mostrándole deferencia y tratándole con ciertos respeto, se indigna sin embargo cuando advierte maneras rastreras. Un título superior parece halagarlo, pero aprecia poco las ventajas que esto le proporciona.

Se habla mucho, repito, del orgullo y de la gravedad de los españoles, pero lo que es cierto es que se encuentra en ellos menos ceremonial y más verdadera educación que fuera de España; menos empaque y una mayor igualdad entre las diversas condiciones.